

LA REVOLUCION FRANCESA

Autores: François Furet
Denis Richet

Traducción de Luis Horno Liria, Ediciones RIALP. Madrid, 1988, 621 pgs.

LE GRAND DECLASSEMENT À PROPOS D'UNE COMMEMORATION

Autor: Pierre Chaunu
Editions Robert Laffont. París, 1989, 301 pgs.

La relación podría ser mucho más amplia porque, como consecuencia del bicentenario de la Revolución Francesa, la literatura publicada sobre este acontecimiento histórico es muy abundante. Sin embargo, interesan sobre todo los trabajos recientes de los grandes maestros. Se han seleccionado estos dos, de manera explicable. La obra de Furet y Richet, aunque editada completa por primera vez en 1965/1966, en una lujosa edición, por Hachette, fue reimpresa en 1973 por Fayard en un solo volumen, con poco más que un nuevo Prólogo, que ha sido capaz de enlazar buena parte de sus perspectivas con los hallazgos que los investigadores habían verificado hasta entonces. La traducción española se efectuó sobre esta última edición, que tuvo también una reimpresión en Marabout, en 1979. Por eso se convierte en el planteamiento global más reciente sobre la Revolución que se ha vertido al español. Por su parte, Pierre Chaunu es el autor de obras tan esenciales para los españoles como su colosal Seville et l'Atlantique (1504/1650). Les Philippines et le Pacifique des Iberiques y L'Espagne de Charles Quint. No podía dejar de darse cuenta de la aparición de obra tan esencial e iconoclasta como la suya sobre el fin del Antiguo Régimen en Francia.

Es muy significativo que cuando se preguntó por L'Express, para su número del 14 de Julio, a los actuales profesores de Historia de enseñanza media en Francia, qué tres investigadores actuales destacarían entre los que se han dedicado a relatar la Revolución Francesa, contestaron que a Michel Vovelle; a François Furet y a Pierre Chaunu. Vovelle es, en cierto sentido, profesor del fallecido Albert Soboul en la línea metodológica marxista, y pasó a dirigir la Comisión Nacional de Investigación Histórica para el Bicentenario de la Revolución Francesa, que publica un muy valioso Bulletin, editado por el CNRS, que intenta, entre otras cosas, dar noticias de las reuniones científicas y de las investigaciones colectivas de todo tipo relacionadas con la Revolución. Furet, en la actual conmemoración, se ha convertido en algo así como el gran historiador oficial del acontecimiento, desde su actual posición liberal-demócrata, o si se prefiere de la de centro-izquierda, de quien es colaborador habitual en Le Monde. Pierre Chaunu es el sucesor de la línea conservadora muy crítica ante el acontecimiento que había producido ya obras tan considerables como La Revolution Française de Pierre Gaxotte, a partir de su edición de 1928, que fué refundida en 1975, tras las ampliaciones de 1970, por Jean Tulard, el conocido profesor de la Sorbona.

Sin que hoy desde España nos demos cuenta de que, sobre todo, coexisten estas tres direcciones en las mejores aportaciones actuales, corremos el riesgo de acabar perdidos en un piélago de ensayos polémicos, artículos, volúmenes, que se acumulan al calor de la presente efemérides revolucionaria. Muy en especial, esto puede estar lleno de trampas, si lo que se busca es el enlace entre dos cuestiones tan apasionantes como son Economía y Revolución. Ambas cuestiones son esenciales para entender cómo se pudo producir el estallido revolucionario. Furet y Richet, en su libro, nos conducen a la comprobación de tal cosa, pues Francia era, en relación con sus vecinos, en 1789, una nación rica, e interesa saber por qué en un país con buenos ingresos puede producirse una conmoción revolucionaria.

La explicación es posible. Al ser una gran potencia, el gasto

público de Francia era muy alto. Las guerras con Inglaterra, sobre todo, resultaron muy costosas. Sin embargo, al frente del Estado ya no se encontraba una personalidad fuerte, como era la de Luis XIV. Luis XVI, por el contrario, se hallaba al fin de una cadena de responsables políticos que cedían con excesiva facilidad ante los poderes fácticos, y en especial ante la aristocracia. Esta no sólo se lanzó a una ávida conquista de puestos bien remunerados para sus hijos, sino que, para evitar que el monarca pudiera volver a reducirla al sometimiento de la etapa del Rey Sol, se hizo fuerte en el Parlamento, sobre todo en el de París, institución, sobre todo judicial, que la nobleza intentó que igualase en poder a la misma Monarquía.

Desde el Parlamento, los aristócratas comenzaron a defender sus privilegios, incluidas las cargas impositivas. El bloqueo judicial del Fisco fué notable. Como no era posible allegar recursos, se decidió, para desbloquear la cuestión, con Necker al frente, convocar los Estados Generales. Coincidió esta crisis política con una triple crisis económica. Las cosechas de 1788 -parte esencialísima del PIB francés de entonces- fueron pésimas. El hambre y la carestía se generalizaron. El tratado con el Reino Unido de 1786, al abrir el mercado francés a los productos ingleses, originó que la industria textil gala, el florón del sector secundario del país, entrase en crisis. Ambas depresiones, la agrícola y la industrial, acarrearón la tercera, la de la construcción. El paro se generalizó.

La burguesía naciente estaba bien preparada para actuar en la política. Gracias al aprendizaje muy amplio en clubes, logias y sociedades intelectuales, sabía llevar un debate, bloquear una propuesta desagradable, agitar al pueblo. Los Estados Generales, en poco tiempo, se habían metamorfoseado en Asamblea Nacional. A partir de ahí los acontecimientos enlazan con una historia conocida, que Furet y Richet desarrollan con una pluma muy fina. El motor de todo continúa siendo el gasto público, que no se atina a financiar de modo ortodoxo: "Al hacerse cargo de las deudas de la antigua Monarquía, al aumentar las cargas del Estado por nuevos compromisos,

y al abandonar la percepción de los tan detestados impuestos de la vieja época, la Revolución se había condenado a empezar por donde el absolutismo había terminado: por el déficit y el endeudamiento del Estado. La solución finalmente adoptada, la del asignado como moneda, fué el recurso a la inflación". Cuando en la Jornada del 19 de Brumario Murat lanzó a sus soldados una orden tajante -"Echadme fuera a toda esa gente"- que en cinco minutos vació la sala de los Quinientos, se concluyó este encadenamiento, y la burguesía comenzó a respirar tranquila, porque Bonaparte la había convocado para liquidar al jacobinismo. Como señala Furet, desde el 18 de Brumario "en la Bolsa se iniciaba la recuperación del tercio consolidado".

Furet intenta que se exponga la historia de la Revolución, como indica en su ensayo Penser le Révolution Française (Gallimard, 1978), al modo como se hace con la historia de los merovingios. Sin embargo, tantas cosas actuales nacen en 1789, y nada -o casi- de lo que hoy ocurre tiene raíces merovingias, que la pasión está garantizada. Concretamente, hay pasión frente a Furet. Baste al lector español observar los durísimos epítetos que Josep Fontana lanza contra Furet, en su Prólogo al libro dirigido por Jean-René Aymes, España y la Revolución Francesa (editorial Crítica, Barcelona, 1989).

En la otra vertiente, la conservadora, está el libro de Chaunu. Podría sintetizar su contenido: un inteligentísimo y apasionado alegato. En el fondo, los argumentos tienen el mismo hilo conductor que los de Furet. Sin embargo los diferencia la intención. Chaunu expone cómo en el siglo XVIII existe un codo a codo entre dos grandes potencias: Francia y Gran Bretaña. Para Chaunu la Revolución, lisa y llanamente, permite que el Reino Unido dé el salto adelante y, mientras financia la Revolución Industrial, en la Asamblea o en la Convención se lanzan hueros discursos, que sólo sirven para desorganizarlo todo. Por ejemplo, cuando en agosto de 1789 se eliminó el diezmo en favor de la Iglesia, en medio de una palabrería insufrible, se liquidaron de un plumazo los créditos básicos de la instrucción pública, la sanidad y los servicios sociales: fué -dice Chaunu- un acto estúpido y suicida. Sintetiza así la situación:

"Entre la Revolución política a la francesa y la Revolución innovadora, industrial y técnica a la inglesa, ¡cuán profunda es la incompatibilidad!". Para tapar la catástrofe inflacionista de los asignados se huye hacia adelante con guerras exteriores sin cuento, se consagra en el interior el Terror y se llega a genocidios tan atroces como el de la Vendée, que han sido objeto de un excelente análisis, en 1986, por R. Sécher, La Vendée-Vengée.

La interrelación económica que despliega Chaunu tiene tres fuentes: la obra del ultraliberal Florin Aftalion, con su L'Economie et la Révolution Française (Hachette, París, 1987), donde se indica que la teoría económica, al estudiar los fenómenos de la hiperinflación "puede explicar perfectamente por qué la Revolución Francesa, una empresa para poner fin a la tiranía y establecer una sociedad de derecho ... ha degenerado en expoliación, terror y dictadura", mientras que el autor ironiza sobre las tesis económicas marxistas de Albert Soboul en sus Precis d'histoire de la Révolution Française (París, 1962); las de François Crouzet De la Supériorité de l'Angleterre sur la France, Perrin, París, 1985) y L'Economie Britanique et le blocus continental (2ª edición, Económica, París, 1987); finalmente, el libro de René Sedillot, Le coût de la Révolution Française (Perrin, París, 1987), con su terrible balance demográfico.

Por eso, Chaunu cierra su obra con esta frase dirigida a quienes hoy celebran con júbilo el bicentenario de la Revolución: "En 1815 Francia ha quedado definitivamente desarreglada. Se puede preferir la mediocridad, pero nada justifica la apología del crimen".

Para terminar, otra observación sobre la actualidad de estas posturas. Nos acaba de recordar Luis Díez del Corral, en su precioso ensayo El pensamiento político de Tocqueville. Formación intelectual y ambiente histórico (Alianza Editorial, Madrid, 1989), que una de las principales tesis de este pensador francés es en El Antiguo Régimen y la Revolución es la contraposición entre partido aristocrático y menor poder estatal, y partido democrático y mayor extensión de tal poder. La nostalgia por algún tipo de mantenimien-

to del Antiguo Régimen o el deseo de su desaparición radical también tiene evidente presencia en las polémicas sobre socialización, reprivatización, desregulación, Estado, providencia, alta fiscalidad, y solicitudes de la Escuela de Virginia. Es difícil, por tanto, considerar la exposición de la historia de la Revolución Francesa como si se tratase de la de los merovingios.